



## *¡Yo era más salía que un balcón!*

María Romero cuenta y cocina para Jesús Lozada\*

### I.

Nosotros fuimos trece hermanos y cuatro hermanas. Yo soy morocha con otra. Mi madre, Tomasa Barreto, hacía arepas. Las últimas las hizo antes de morir. Yo tenía trece años y desde antes la ayudaba.

Mi hermana y yo íbamos a unos molinos a moler maíz allá en Maracay. Salíamos a las tres de la mañana, pero por esos años, a esa hora, nada más que uno se encontraba a los perros. No es como ahora que hay vagabundos y malandros.

Mi padre, José Heras, no fue bueno. Yo lo digo, el venezolano tiene problemas con la paternidad.

---

\* María Eugenia Heras Barreto (Maracay, Venezuela, 1943), más conocida como **Doña María Romero**, me va *insultá parejo*, si yo digo que es una cuentera, aunque lo sea, y de pura ley. A ella le gustaría que yo dijese que es una luchadora social, y lo digo.

Durante dos años fue mi madre y ángel protector en la Villa de Todos los Santos de Calabozo, Estado Guárico. Estuve de noviembre de 2003 a diciembre de 2005 trabajando como médico en la Misión Barrio Adentro en Alí Primera, comunidad que ella ayudara a fundar, primero ocupando tierras realengas y luego organizándola y dirigiéndola con decencia y lengua dura.

Allí cumplí los cuarenta años, y me entró la *arrechera* de la andropausia. Para calmarla escribía y escuchaba, anotaba cosas que ella me contaba o me decía, siempre cerca de la lumbre, del fogón. Seis años después, cuando volví sobre aquellas páginas -muchas de ellas se han extraviado - redescubrí un tesoro: la perla de la palabra desnuda de María.

Es una pena que anotara tan poco, que conservara menos, porque escuché mucho, hasta en su silencio oí voces y susurros.

Nunca tuve la intención de publicar mis apuntes, pero sería egoísmo y bajeza imperdonable guardar por más tiempo estas historias, cuentos, chistes, estos sucedidos y hasta las tres recetas de cocina, que armaron una cena o una comida muchas veces. Celebración de ricos en casa de pobres. Me lo crean o no me lo crean...



**II.**

Como mí papá se rascaba, teníamos que dormir afuera, pues él se sentaba en la puerta con un machete. Era muy maluco. Le pegaba a mi mamá.

Una vez le estaba pegando y le di un tablazo que lo dejé to'escoñetao. Ese viejo si que era bien maluco.

**III.**

Los lunes temprano a mi casa no entraban mujeres, primero tenía que entrar un hombre. Las mujeres son muy pavorosas.

Eso lo aprendí de mi madre. Ella no permitía que una mujer, jedionda de perfume, entrara en la casa, no ve usted que se le echaba a perder la masa de las arepas.

**IV.**

Antes éramos más pobres. Por Navidad nosotros le escribíamos al Niño Jesús una carta y se la poníamos. Por la mañana siempre encontrábamos lo mismo: una ayaca de las que hacía mi madre puesta en el zapato.

¡Yo tiraba esa ayaca pa' la tierra!

**V.**

Mi hermana y yo, la que es morocha conmigo, de niñas éramos muy lambuieras, y quisimos probar el chimó, pues mi madre lo mascaba. Así fue como conseguimos la primera rasca. Estuve vomitando por todos lados y mi padre me dio tantos coñazos que no recuerdo que fue peor.

La segunda rasca fue con tabaco. Se había ido José Romero, que fue mi primer marido, y yo veía a unos carajitos fumar y decían que eso era bueno, que limpiaba, y yo quise probar. Si ellos podían, ¿por qué yo no? Y me busque un tabaco Manzanero, que eran larguísimos. Yo creo que no había terminado de prenderlo cuando ya estaba rascá y, por su puesto, me viré al revés vomitando, sólo que esta vez nadie me dio coñazos.

La tercera rasca fue con Castalgandolfo, un vino que yo hallaba muy simple y pegué a echarle azúcar y unos hielos. Los coñoemadre que me estaban viendo no me dijeron nada y yo me lo tragaba como fresco. Se terminaba un vaso y prende a hacerme otro, y así hasta que estuve bien rascá y vomitando como una loca.

Yo no sé que le encuentra la gente a la rasca. Mire, mi hijo una vez cogió una rasca con manzanilla y me vomitó la casa de arriba abajo, y el vomito de manzanilla es una cosa persistente. A pesar de que yo limpié firme, al mes todavía olía. Mi hijo ha seguido bebiendo, pero yo no entiendo.



## VI.

Mi mamá decía que yo era maluca.

Yo salí a mi papá, en el carácter, porque en lo demás no. Ese jodió mucho, era un muérgano. Se la pasaba tomando.

Las cosas antes no eran como las de ahora. Lo primero era que los niños comíamos mal, fíjese si comíamos mal que yo recuerdo una vez que una hermana mía estaba pelando plátanos dominicos y lanzaba las conchas por la ventana y la morocha y yo, del otro lado, las recogíamos para chuparlas hasta que mi madre nos descubrió y nos hizo tragar esos piasos e conchas.

Otra cosa era el respeto. Uno nada más pasaba delante de una visita y cuando se fuera venían los palos.

Déjame regresar a la comía. Los niños de antes comíamos el cuello y las patas de las gallinas cuando las mataban. Uno comía los bagazos. Yo comí hasta tripa de gallina frita. La pechuga, los muslos, lo bueno, se lo comían los viejos.

Así era. Mucho respeto.

Yo no recuerdo lo que estaba haciendo de malo, lo que si recuerdo es que mi madre me colgó un pollo muerto al cuello. Esos eran los castigos.

Otro día me mandaron por carne, a comprar 5 bolívares de carne. Pero yo estaba brincando y en un charco los perdí. Cuando regresé y le conté a mí madre, y ella me dijo:

- Busque en ese piaso e charco los 5 bolívares y tráigame la carne.

Yo regresé y me quedé mirando el agua sucia hasta que vino un viejo, y al verme tan triste me regaló los 5 bolívares. Yo siempre me encontré un cabrón que me cabroniara.

Ese no fue el peor castigo. El peor fue el del arroz con coco. Yo tenía un hermano muy lambucio y mi madre había hecho arroz con coco y no pudo más, y lo probó directo del coroto. Al regresar, ella nos preguntó quién había comido y como no le dijimos, nos hizo a cada uno un perol de arroz con coco.

¡Si no se comen eso, van a llevar palo parejo!

De esa estuve quince días metida en un ambulatorio, deshidratada.

Los niños vivíamos muy mal.

## VII.

No sé si mi hermana mayor estaba noviendo o era que un señor la pretendía, pero ella estaba hablando con él en la puerta de mi casa cuando llegó mi papá. Se armó la del pato y la guacharaca. Mi padre botó al señor y a mi hermana le prendió candela con keroseno.

Andaba to' careta. Hasta que desapareció.

Duró mucho tiempo perdida. Un día regresó y perdonó a mi papá.

Es que las cosas de antes no son como ahora.



### **VIII.**

A mi me gustan mucho las muñecas, y cuando yo era niña me gustaban más, pero mi madre siempre me regalaba una arepa o una ayaca el Día de Reyes. Ese Jesús no se leí mis cartas, así que un día fuimos a buscar comida para los cochinos, llegamos a un patio y me encuentro una muñeca to'escarná y me la llevo en el perol de la comía.

Cuando llego a mi casa no digo nada, pero alguien me había visto, y la dueña vino a buscar ese piaso de muñeca toa careta, pero muñeca al fin. Me obligaron a devolverla, pero yo no la quise sino que la lancé en medio del solar.

Y la vieja Tomasa Barreto, mi madre, me dio golpes por todas partes.

Mi papá al enterarse dijo:

-Esa muchacha no engorda por los palos.

### **IX.**

¡Qué cosa más arrecha ser pobre! A mi me gustan las muñecas, ya lo dije, pero es que me gustan mucho, y, por entonces, nunca dejaba de pensar en ellas. Como no tuve ninguna, me las fabricaba con bleo. El de Macaray es gordo como un palo. Ese palo lo vestíamos y estaba listo. Lo dormíamos, lo cargábamos, le dábamos comía como si fuera una muñeca.

También las fabricábamos con botellas de Champaña de la Viuda. Igual de vestía.

Otras cosas fabricaba yo, como burritos hechos de las taparas.

Éramos felices, eso sí. Revolcadito se ponía uno en esos terrenos, pero feliz.

Ah, se me olvidaba. A cada rato se nos caían de las manos aquellas botellas grandes y pesadas, con un hueco en el fondo, y ya usted se imagina lo que pasaba con los pies.

### **X.**

Yo era la alsá de mi casa. Mi hermana morocha era buena pa'los chismes y hábil pa' montarse en un palo.

Un día fuimos a cortar bleo, pa' un burrito que había en mi casa, y mis hermanos y yo nos encontramos un nido de guineo, que como se sabe, ponen muchos en un solo lugar.

Yo iba con un vestío bien arruchaíto que más que vestío parecía una lámpara. Y allí me eché los huevos. Mis hermanos también se llevaron los suyos.

Cuando llegamos a la casa mi madre preguntó que de dónde los sacamos. Le dijimos que los encontramos en el campo, pero, sin haber terminado de hablar, se



apareció el viejo José, que era el dueño del campo, y ese piaso e viejo, como si fuera un brujo, supo donde encontrar sus huevos.

Mi madre hizo que los devolviéramos. Yo fui la única que sencillamente me bajé el vestido y se espaturraron to esos huevos.

- ¡Esa catire es muy repelente! – dijo el viejo José, furico.

## **XI.**

Mi madre hacía muñecas de trapo, bien feas, dicho sea de paso. Le hacía las clinejas de medias de gente que se moría.

Un día hizo una muñeca de trapo, grande, que tenía dos muñequitas, como si fueran sus hijas y las colocó arriba, en una repisa alta.

Estando nosotras debajo de una mata de trinitaria morada, donde había una troja, ¡Bum!, sentimos que algo se cae y cuando fuimos a ver eran las muñecas.

- ¡Las voy a templar por los cabellos! - decía mi madre, porque creía que éramos nosotras, mi hermana morocha y yo, que las habíamos tumbado. Pero mi hermana mayor la convenció de que nosotros no alcanzábamos a la repisa ni trepándonos en una silla.

Poco tiempo después, estábamos comiendo caraotas, agua arriba y agua abajo, cuando miro al catre y estaban esas muñecas ahí acostadas.

Nuevamente mi hermana tuvo que intervenir.

- Esa niña es maluca, muy maluca.

- Mamá, usted sabe que la catire no alcanza a la repisa.

- Después fue que sucedió lo que sucedió, y, por suerte, todos lo vieron. La muñeca grande caminaba por el medio de la casa, llevándose las dos muñequitas chiquitas. Las tres juntas, de la mano.

- Se armó la del pato y la guacharaca. Quemaron a esas muñecas.

- Luego le contaron lo sucedido a un cura viejo y borracho que había en Santa Rosa y este dijo:

- ¿Por qué las quemaron, de repente y se convertían en santas?

- .Nunca se supo si era el espíritu del muerto dueño de la ropa con la que estaban hechas, o si eran el espíritu del dueño de las medias con las que hicieron las clinejas, o el espíritu de una hermana mía muerta.

- Del tiro Doña Tomasa Barreto nunca más hizo muñecas. Por suerte.

## **XII.**

Mi madre era muy rezandera. Le rezaba Rosario a los muertos a las cinco de la tarde todos los días. Y yo, que le tengo miedo a los muertos, la tenía que acompañar. En la casa siempre había velas a las ánimas. Mi madre era demasiado rezandera.



### **XIII.**

Mi abuela se murió muy vieja, de 117 años, se llamaba Micaela Flores. Yo recuerdo a esa vieja, ahí postrada en esa cama, y a mi madre que cuando le daba vómito le hacía los remedios.

En esa época para los vómitos y las malezas de estómago se usaba una tortilla de huevos, puesta sobre la barriga. Esa tortilla se hacía batiendo huevos criollos, y se le ponía canela molida, hierba buena y brandy. Todo sin sal, simple.

Cuando mi madre se iba, y esa vieja se quedaba con la tortilla ahí puesta, entonces veníamos mi hermana y yo y nos la comíamos.

Después venía mi madre y siempre decía:

- Malditos ratones. Esta casa está llena de ratones que no respetan ni a los remedios. ¡Qué ratones más arrechos!

### **XIV.**

Elisa Barreto. Yo me parezco a mi tía Elisa por lo grosera, pero por lo demás no, porque a ella le gustaba quitar marío ajeno.

Un día se murió, pero en el medio del velorio se paró de la urna. To el mundo salió corriendo y la dejaron sola.

Entonces ella dijo:

- Yo le vi la cara a Dios. Yo vi las espinas, las candelas, de tó vi, y lo último que vi fue el sitio de las flores.

Esa tía mía era maluca. Ella nos daba Pepsi Cola con agua y no dejaba que nos juntáramos con sus hijos. Decía que le podíamos pegar piojos. Lo que ella no sabía era que en mi casa no podían haber piojos, porque allá iba mi madre y le llenaba la cabeza esa a uno de Kerosén con manteca, o fli o DDT, y le ponían un paño a una, que más parecía demonio que vejigo. Con ese remedio no había piojo que entrara.

### **XV.**

Mi tía Carmelita tenía una lora muy vieja. Esos bichos viven muchos años.

Un día un gavián se llevó a la lora y el animalito gritaba:

- ¡Carmelita, Carmelita, me lleva un gavián!

Entonces mi tía le dijo:

- Mija, muérdale la pata, muérdale esa pata al gavián.

Y la lora mordió parejo, pero vino a caer sobre un palo con muchas espinas.

- ¡Carmelita, Carmelita, sáqueme de este palo!

Ella la sacó y la curó, porque la lora salió muy escoñetá. La salvó y vivió muchos más años que mi tía. No recuerdo a dónde fue a parar ese bicho cuando mi tía Carmelita se murió.



Ya se lo dije, esos duran muchos años.

## **XVI.**

A mi casa visitaba un señor, el viejo Esteban. Siempre nos traía regalos.

Un día apareció una foto suya en el periódico, muy bonito que se veía, pero mi madre dijo que no era él.

Esteban estuvo tiempo sin visitarnos y yo guardé su foto y el piaso de periódico aquel, y cuando regresó le dije:

- Mire señor Esteban, ¡su foto en el periódico!

Y él se puso a llorar. Yo no entendía nada y quise guardar el periódico. Era mío y además él estaba muy bonito allí. Yo no entendía por qué querían botarlo.

Es que el Sr. Esteban estaba ahí reseñado como un ladronazo.

¡Haberlo sabido! Pero yo no leía bien y él estaba tan bonito en esa foto.

¡Yo era más salía que un balcón!

## **XVII.**

Un día me hicieron un vestido de tul, de tul pajarito verde claro.

Yo estaba con ese vestido parao, de lo más feliz, hasta que una vaca se lo empezó a comer.

Mi madre, al ver como había quedado el vestido, me estuvo dando coñazos no se sabe que tiempo.

## **XVIII.**

A mi hermano lo persiguió una bruja toda la noche. Calló como una animal sobre el techo, pero tuvo mala suerte porque él la tumbó usando una tijera y mostaza.

Bruja, lo que se dice bruja, María Suárez, María patae'trapo, que era de Puerto Cabello. Tenía carare. Si, eso que los médicos llaman Vitiligo. Ella decía que era una quemadura, pero nadie se lo creía. ¡Qué casualidad que se había quemao toita y seguía viva! Ella era mujer de Alberto Garrido. Un coñoemadre que conocerás más adelante.

María Suárez le tenía dicho a Alberto que no se levantara por la noche, pero él se levantó y oyó tocar a la puerta de aquella casita de muy mala muerte, y abrió, y vio a una mujer vestida de negro, con turbante y guantes también negros.

María patae'trapo se tiró al suelo y dijo:

- Sin Dios y sin Santa María.

La Patae'trapo -siempre andaba forrá en ropa, pero ese no era el origen de su nombre, pues ese se lo debió a las medias gordas que usaba, que eran como de felpa-



se fue entonces hasta un cajón que tenía, se vistió toa de negro y se marchó con la otra mujer. Eran las tres de la mañana y no se sintió ni ruido de carro ni de caballo. Regresó antes del amanecer.

Así fue como Alberto Garrido entendió por qué María Patae´trapo le sabía la vida a los demás. Era que volaba y averiguaba. Al otro día, él, se fue como alma que lleva el diablo.

### **XIX.**

Yo repartía las arepas que mi madre hacía. Yo y mi hermana morocha.

Un día llegamos a la casa de una mujer extranjera y como no respondía, y yo era bien arrecha, me puse a mirar por los huecos de la puerta a ver si ella estaba y vi algo que me hizo correr hasta mi casa.

- ¡Mamá, mamá, ese perro le está mordiendo la broma a esa señora!  
Era una niña maluca, pero inocente, eso sí.

### **XX.**

A mi primer marido, a José Romero, no se le conocía orilla. Mis padres no querían que yo me casara. Pero me casé con él.

### **XXI.**

Tuve mi primer hijo a los dieciséis años, en el Seguro. Después los otros los tuve en la casa. En el Seguro me partió José Lumbá López.

Eran como las siete de la noche y yo me gatié todo aquello. La bata se me puso negrita, negrita. ¿Cuántas de esas gentes no me vería el culo? Anduve hasta por debajo de las camas.

Cuando parí me dije que allí no volvía. A pesar del trato de la partera Teresa de Periche, yo no volví allí. Cuando oía nombrar al Seguro era como si mentaran al diablo.

Después parí siempre en la casa. Me asistió la partera Justina Ayala. Me ponía chancletas y las lanzaba. Entonces empezaba a caminar en puntillita de pie.

Paría en mi cama. Antes el Seguro te daba el equipo. Uno se controlaba el embarazo con un médico y él le daba las indicaciones a la partera.

A mi me controlaban los doctores Juan Blanco Peñalver y Cornelio Vega, que de paso sea dicho, eran maricas.

¡Qué bien se paría en la casa!, al menos a uno no le estaban viendo el culo.

Yo le decía a Justina - ¿Por qué no me rompe la bolsita? Pero ella no decía nada y seguía haciendo su trabajo. Yo parí siempre en la casa, tranquila. Nunca tuve problemas de fiebres, ni de nada.



Esas parteras le daban a uno comino con canela y una cebolla, también le daban guarapo de higo. Se preparaba, pero era maluco. Eso era pa' perros.

Ahora esas cosas no se deben usar.

Yo parí tres muchachos en mi casa y parí mejor. En el Seguro uno se la pasa con frío en la cuchara, con la cuchara congelá.

## **XXII.**

Mi primer trabajo fue lavar y planchar a gente de real, pues yo no me metía con puros pendejos que después no tenían con que pagar.

- Mira catira, lávame estos coroticos.

- Coñoemadre, ni que yo fuera gocha. Usted no tiene reales.

Así iba por ahí y ganaba los reales. Un día me había ganado 10 bolívares y cuando regresaba para mi casa me topé con una gitana, llena de faldas mugrosas, que me quería registrar la mano, y a mi no me gustan esas cosas, así que le digo que no, que lo mío es lo celestial, pero me dio por seguirla.

Andando llegamos a una casa llena de cuartos, donde había una cuerda de hombres jugando barajas.

Ella me dijo cosas de mi marido, que se había ido, y al final me dijo que le pagara.

- Yo no tengo ni una locha –dije

- Dame la mitad de lo que cargas en los senos.

- Yo no tengo nada en los senos.

- Dame cinco bolívares. Tú cargas diez.

Tan mal me fue con la mujer que era una mierda de larga. No sé cómo pude salirme de allí, porque ella no quería dejarme ir.

Otra vez me la encontré en la calle, pero no la miré. Esa mujer era pesada de espíritu, era muy negativa.

En Maracay hay muchos gitanos.

## **XXIII.**

Yo era auxiliar de enfermera en Maracay, pero no me gustaba trabajar de noche, así que cuando me propusieron ir a cocinar a la cocina de dieta, acepté. Allí estuve cuatro años hasta que me fui.

Usted pensará, que por el oficio de mi mamá, que hacía arepas, buscaría trabajo en pura arepera, pero no. Me fui a una tasca que se llamaba Mi cabaña, donde trabajaba el maestro Antonio Salmeiro, un español puerco, que esgarraba los gargajos es los corotos. Debía tener gusanos y se las pasaba rascao.

Un día me dijo:

- ¡Venga a aprender a hacer cazuela!

Y a los tres meses ya yo era cocinera.



Antonio Salmeiro fue el que un día a un cliente, que le devolvió tres veces la sopa de cebolla, se la esgarró, se lavó la paloma en ella y después se la mandó a servir, y el cliente muy feliz se la tomó.

El que quiera comer limpio, que coma en su casa. En los restaurantes siempre pasan cosas como esas.

Mire, yo cociné con Nicola, un italiano, que se pasaba todo el santo día metiéndose las manos en la braguera, porque decía que le picaba el güevo. Cociné con José María Alcará, que era un marico al que se le salían las hemorroides, y que cuando le devolvieron un churrasco, lo ablandó a taconazos.

- José María, usted es un coñoemadre, jalabola – le dije y él siguió dándole taconazos. Usaba unos tacones cubanos. Lavó el churrasco, lo empezó a freír en mantequilla, y después de flambearlo con brandy, lo mandó a servir.

Las mujeres cocineras no hacemos esas cosas, aunque yo también tuve lo mío.

Una sifrina me devolvió varias veces una milanesa, y yo me arreché, y lancé la carne al perol de los cochinos. Cuando fui a buscar una nueva vi que se habían acabado y le dije a una de las muchachas:

- ¡Saque esa milanesa del perol de los cochinos!
- ¡Doña María! – exclamó ella
- ¡Saque esa pinga, hágame el favor!

Me acordé de José María Alcará. Se la freí en mantequilla, luego sabe, la flambié con brandy, y le puse mucho adorno. Estaba tan fino ese plato que alguien me preguntó que por qué me había afanado tanto, pues siempre hay algún atajaperro donde quiera, y le contesté:

- No joda que aquí siempre se sirve fino.

Por eso digo, el que quiera comer limpio que coma en su casa ¡Yo no lo sabré!

## **XXIV.**

En Maracay hay mucho personaje: El Capitán, Japajapa, La Loca Juana y Pedro Infante.

Japajapa dirigía el tránsito en la Plaza Bolívar. To lleno de escopetas, de mugre, pero la gente lo respetaba. Nadie dirigía el tránsito, nada más que él.

El Capitán era moco e pavo, era un viejo que corría arrechamente. Ese era uno to chorraeo de chimó. Cuando le gritaban ¡Moco e pavo! insultaba. A él le gustaba que le dijeran Capitán.

La Loca Juana se levantaba los vestidos y le enseñaba la cuca a los muchachos. En esa época, los muchachos, cuando la veían corrían y se escondían. Ahora no se sabe que hubieran hecho.

Pedro Infante cantaba acompañado de un perol. Cuando la gente le pedía una canción decía - Déjeme afinar, y comenzaba a golpear el perol y entonces cantaba. La voz iba por un lao y el perol por otro, pero cantaba bien. La voz se le parecía a la de



Pedro Infante de verdad. Dicen que fue un hombre de buena posición al que la mujer le hizo un daño.

Yo creo que esos locos y esas locas ya se murieron.

## **XXV.**

Aquí son una cuerda de coñoemadre. La gente saca cuento de cualquier vaina, pero esto es la verdad, la verdad de cuando se murió Petra Otero.

Ella era chusma y mala como el diablo. Vendía cosas y yo le compraba hasta si mierda vendía con tal de no oírla.

La cosa es que un día Petra Otero se tuvo que morir como cualquiera y los hijos organizaron el velorio.

Trajeron quince kilos de sal y salaron a la vieja, de modo que el velorio duró quince días, a kilo de sal por día; y ellos tuvieron tiempo de vender sesenta cajas de cerveza y no se sabe cuanta Caña Clara, Guarapita y toas esas vainas.

To´ el mundo, hasta los hijos, se la pasaron rascaos hasta que la peste indicó que era hora de deshacerse de Petra Otero.

Como tú vives, así mueres.

## **XXVI.**

Justina Friol -una negrita de pelo quieto-, Carmen Villafranco -que nunca tuvo hijos sino que criaba perros y animales- y Columba, eran tres viejas que se las pasaban rascás todo el santo día. Yo nunca me he rascado, lo mío era bailá parejo, pero esas no sólo bebían sino que cuando llegaron a cierta edad no se tenía sitio donde meter la lengua de cada una.

Por aquí había una mujer, Bertha, que volteaba al marido. Él se iba a las siete de la noche a trabajar y allí se aparecía el otro, que estaba hasta eso de las cinco de la mañana. Un día esas coñoemadres, que tal parece que nunca puyaron porque siempre fueron viejas, se pasaron toda la noche barriendo; y como vivíamos en un callejón sin salida, el hombre no podía salir porque sino lo descubrían. Eso fue hasta que yo me di cuenta y salgo para la casa de las viejas:

- Ay, Justina, que dolor en el estómago tan arrecho, déme un poquito de guarapo de papelón y eso me lo va a quitar.

Y armé una de llanto que las viejas dejaron de barrer y se condolieron. El hombre, que estaba mirándolo todo, aprovechó el sucedido y se fue. Yo tuve que tomarme a esa hora aquella verga.

Pero un día fueron las gentes quienes se vengaron de las viejas. Era un 31 de diciembre, y por aquí eso es pura fiesta, y las viejas estaban más rascás que de costumbre, de modo que no sabían bien por dónde caminaban y estaban abriendo los huecos para las cloacas. Justina Friol vino a caer en uno de esos huecos clavá de



cabeza. Carmen Villafranca y Columba empezaron a buscarla hasta que se toparon con Jesús Brito, que puso a pelear a más de uno nada más que para jactarse de que había visto lo sucedido, y ese cabrón se las llevó lejos para que no encontraran a la negrita, que estuvo allí hasta bien entrado el día, cuando a mi me dio por registrar los huecos.

La muérgana de esa vieja, ¿sabe usted lo que dijo cuando, con mucho trabajo, la sacamos?:

- Aquí, descansando, aunque sea fallo.

Esas viejas si que eran arrechas por la lengua.

## **XXVII.**

Alberto Garrido, el que fue esposo de María pata e trapo, era un rolo de ladrón, venía de Guama. En Yaracuy. Ahora debe estar en el Infierno. No debe haber visto jamás a Dios. Además era brujo. Un día se dio un baño de cuerno de ciervo con alcohol y con una vela se prendió candela. Parecía una antorcha. Se le quemó la cabeza, el pelo, y hasta el sombrero. Se le vació un ojo. Quedó tuerto el piaso de viejo aquella noche.

¡Total, para lo que los malos tienen que ver, con uno ojo basta!

## **XXVIII.**

Lola, me acuerdo de ella. Era gorda, parecía un estandarte. En su casa todo el mundo era gordo. Fíjese si eran gordos que a la hija de ella le decían El Emperador.

Le pusieron así por un cebú, del mismo nombre, que trajeron a una de las ferias de Maracay, que esa si eran ferias, porque las de Calabozo son puro mamarracho. Aquel era un cebú nuevo, enorme, que pusieron en un trono y venía gente de toda Venezuela para verlo. Era un bicho blanco.

Lola y su hija se ponían la ropa muy ajustada y bailaban horrible, con todas esas sandeces colgando.

¡En esas ferias había cada personaje!

## **XXIX.**

Un día me fui a Aragua con Jesús Brito, el que puso a pelear a más de uno, y con una que parecía un Buda, Lola, de la que ya te hablé. Nos fuimos a Turumero, porque quería que me echaran la suerte.

Llegamos a un centro que tenía un cuarto con espejos y unas imágenes, como salidas del más allá. Y nos pusieron como a dormir, con los ojos cerrados. Yo no lo hice, y me encuentro con que Lola tenía clavada una aguja en el principio de la nariz. Hasta que ella se dio cuenta de que yo la estaba mirando y dijo:

-..¡Tú eres muy entrépita María Romero! –dijo Lola



Fue entonces que dijo que yo tenía una aguja igual a la de ella.  
Tuvimos que darle tres golpes a Jesús, pagar la consulta e irnos. Total, que gaste los únicos 200 bolos que había en mi casa.  
En esa época yo era una sinvergüenza, ¡mira que gastar esa realera y después me quedé sin comer!

### **XXX.**

A Lola, la madre de El Emperador, le gustaba el dinero fácil, así que visitaba mucho brujo. Una vez un brujo le dijo que en su casa había un tesoro, y se consiguió a uno que vino con un detector de metales y cada vez que el detector sonaba, allá iban y abrían un hueco. Tantos hicieron que la casa quedó como un campo e batalla.

A Lola la estafaban a cada rato. Era muy bruja hasta que se metió a metafísica. Tenía muchos libros de esas cosas.

Ella fue la que me enseñó a recibir el Espíritu de la Navidad. El 22 de diciembre él llega y usted tiene que estar preparado para recibirlo: abre las puertas y las ventanas, pone vasos de aguardiente o agua, como hago yo, y a las doce de la noche le da la bienvenida:

- ¡Bienvenido Espíritu de la Navidad! ¡Buenas Noches! ¡Bienvenido a mi casa! Tenga el gusto y el placer de sentarse. Vamos a compartir esta humilde cena con todos los presentes, esperando que sea de provecho para todos y para el año que se presenta. En nombre de Dios Todopoderoso.

Después se come y se bebe.

Yo lo hice el año pasado. Estaba sola, Chicho se había quedado dormido y mis hijos no estaban aquí. Ellos nunca están. Bebí una taza de café en nombre de cada uno de ellos y después me acosté a dormir.

### **XXXI.**

A los vikingos se les tranca el serrucho cuando hay que pagar. En Maracay hay muchos vikingos, pero el presidente de esos borrachos era Braulio Ortiz, el hermano de Lola. A ese le decían El Tigre. Se murió de cirrosis hepática.

Estábamos en ese piaso e velorio, todos allí, rezando ese Rosario delante del muerto, de la madre del muerto, de Lola, la hermana del muerto y de los vikingos amigos del muerto, y de El Mosquito, que era el vikingo que sustituiría al muerto en la presidencia de la asociación de borrachos.

Resulta que El Mosquito detrás de cada Ave María rezaba:

- Que Dios saque de pena  
a este coñoemadre  
y que lo lleve a descansá



y que el diablo se lo lleve  
al más allá.

La madre de Braulio y de Lola lloraban. Ella miraba pa'trás. La gente mandaba a callar al vikingo, pero nada. Hasta que Lola no aguantó y votó a El Mosquito y a todos los vikingos.

La cosa entonces estuvo bien hasta el entierro, cuando a la familia se le ocurre que los vikingos carguen la urna en el cementerio, y ese piaso e urna empezó a dar tumbos hasta que fue a parar al más allá.

En Maracay hay muchos vikingos. Pero ninguno tiene reales pa'pagá nada. Los pobres se la pasan pidiendo. Entre ellos hay hasta profesionales. Yo conocí a uno que era bioanalistas y a otra que era maestra.

### **XXXII.**

Hoy recordé un poema de Balbino Blanco:  
Blanco con cachucha,  
es capitán.  
Negro con cachucha,  
chofer.  
Blanco con bata,  
doctor.  
Negro con bata,  
chichero.

### **XXXIII.**

Mi hermana es como el padre de Martina, que pone a pelear a cualquiera.

Martina era una cojita que volteaba al marido. Él, cansado de que le pusiera los cachos, se la fue a devolver al padre; pero no la quiso.

El marido le dio un tiro en la rodilla a Martina, pero el padre se mantuvo firme y no la recibió. Le dio dos y tampoco. Hasta que le dio el tercero y, como el padre no la recibió, la dejó allí, coja pa'siempre.

### **XXXIV.**

Las Delicias, el zoológico de Maracay, lo hizo Juan Vicente Gómez.

Allí había monos, un gorila que tiraba mierda, una llama que escupía, un elefante y otros bichos. Por esa época, a los niños, les gustaba ir allí. Además era gratis.



A mí todo me gustaba, menos los tigres. No había quien hiciera acercarme a donde estaban. A mi me gustaban los monos. Bueno, me gustaban, porque un día uno se metió con mi madre y dejaron de gustarme.

Ella tenía una trenza muy larga y cuando le fue a dar unas pepas de maní y ese piaso e mono, que la coge por la clinejota y la empieza a jalar hasta que un viejo le dio un bichazo al mono, que era amarillo. Mi madre que quedó con toa la cabeza inflamá.

Ese mismo día, el elefante, con el pico se enrolló en las piernas de una vecina llamada Gladys y se la dejó embojotá, tanto que la llevaron a la Medicatura y le pusieron un yeso. El padre de ella no se preocupó por el asunto, nada más dijo:

- ¡Qué tenía que andar de campincherá! Esa niña es muy entrépita.  
¡Mientras me llame María, no vuelvo a ese zoológico!

### **XXXV.**

Hace como tres años murió María Pérez, que ha sido la muerta que más yo he llorado. Murió del Mal de Chagas. Es que el corazón la embromó.

Unas veces estaba muy grave y al otro día llegaba y me la encontraba muy sentadita. Los coñoemadre de mis hijos siempre decían que Doña María se acercaba al hueco y como no le gustaba, regresaba.

Esa era una señora que andaba toa sucia y se bañaba de fragancia, pero era muy buena conmigo.

Cuando mis hijos eran chiquitos y andaban por ahí en las esquinas, porque yo trabajaba, y venía una redada, ella los recogía y si se los llevaban, allí estaba ella de primera en la policía.

Tenía hijos, una era profesora, y uno de ellos era teniente, pero mató a otro y lo mandaron a Estados Unidos, porque los familiares del muerto lo querían matar. De allá le mandaba las fragancias a la Doña María.

También era muy despistá. Fíjese que un día nos fuimos a la clínica de la doctora Peña, que atendían a puro pobre y había que ir muy temprano, y yo no sé por qué ella no tenía corriente en la casa. Salimos y cuando le miro pa los pies, tenía un zapato blanco y otro rojo.

- ¡Ay, catire, yo soy la lámpara del día! – dijo ella.

Así estuvimos hasta que regresamos por la tarde.

Otro día nos vamos para Cojedes en la camioneta de uno que no me acuerdo y cuando la miro estaba como ahorcá. Se había puesto el vestido al revés, ¡y eso que gibamos a una broma de la hija profesora! Si no me fijo, hubiéramos estado en la lengua de todos.

Nosotras salíamos mucho, sobre todo a muertos. Donde había un muerto estábamos.

-..¡Catira, en Güigüe hay una parrilla! – me dice en una ocasión y que le pide permiso a José Romero para llevarme, y él me deja ir con mis hijos. Como era muy despistá, ya en la parilla, se olvidó de que el último autobús pasaba a las tres de la



tarde por aquel pueblo, bien feo por cierto, y llegamos a Maracay a las tres de la mañana.

Yo estaba como palo e gallinero, ¡bien cagá, pensando en José Romero, y en efecto, cuando llegamos ese hombre estaba de torear. Y tenía razón.

- ¡Mire, usted si quería carne, yo le hubiera comprado sin necesidad de andarse por ahí hasta estas horas!

Ya lo dije, José Romero tenía razón. Es que la Doña María Pérez era muy despistá.

Un día me invitó a ir al cementerio. En Maracay hay dos, el Metropolitano y el de La Primavera. En esa época los malandros robaban y violaban a las mujeres, sin respetar a esos piasos e muerto. Estaba en esos pensamientos cuando veo que se acercan unos hombres:

- ¡Yo me voy a salir, la pinga! Y corrí. Yo pensaba que esa vieja, que era chiquitica, corría detrás de mí, pero no. Cuando nos encontramos en la casa me dijo:

- ¡Usted si que es mala compañera!

Al principio yo no sabía por qué me estaba diciendo aquello, pero después entendí. Le habían dado unos coñazos, unas patadas y le habían quitado la cadena.

Menos mal que yo corrí, porque ella era vieja y nada más que le robaron, a mí, además, me hubieran violao.

La pobre, el corazón la embromó. Yo aún la lloro.

### **XXXVI.**

En Maracay hay mucho cuento e santo, como el de San Pascual Bailón y las mujeres.

Resulta que ese santo, antes de la creación del mundo, era muy coñoemadre, y le gustaba bebé, parrandear, y, justo a él, Dios le encargó repartirles las partes al hombre y a la mujer. Él se las metió en un saco y empezó a repartir, pero cuando estaba en esas sonó música y se puso a bailá.

En ese momento nada más que le quedaba en el saco la cuchara de nosotras las mujeres. La fiesta fue muy animada y duró como tres días. Cuando ese piaso e santo fue a ponernos las cucharas ya habían pasado mucho tiempo metidas en el saco de ese vagabundo.

Es por eso que las mujeres tenemos la cuchara jedionda.

### **XXXVII.**

-..¡Plan con ese culo! – decía la policía de Perez Jiménez. Ahora son más ladrones.



### **XXXVIII.**

Cuando yo llegué a Calabozo no había cocineros de aquí, todos veníamos de afuera. Uno de esos era Alberto Torcanelli, que duraba una semana con un pantalón, ¡si que era mugroso!

Ese un día quiso hacerle una buena a un mesero, pero le salió mal.

El mesero era un coñoemadre, cuando pedía algo siempre, mamaba gallo, por ejemplo, decía:

- Antonio, ¿cuál es el plato del día?

- Lengua.

- Pues pásame esa lengua por el hueco, Antonio.

Y el cocinero estaba cansado, hasta que le ocurrió urdir la venganza.

- Antonio, ¿cuál es el plato del día?

- Plátanos rellenos.

- Pues pásame ese plátano... por la ventanilla.

Y Antonio se quedó con las ganas.

### **XXXIX**

Un día se me asoma uno en la cocina y me dice:

- Señora María, ¿ese pescado es nuevo?

Y yo le contesto:

- Lo trajeron ayer, pero no le puedo garantizar que sea nuevo. ¡Sabe Dios que tiempo tenía en el mar!

### **XL.**

Trabajando yo en una tasca, venía siempre un coñoemadre, que, porque tenía reales, se creía que podía molestar y cada vez que el mozo le servía un café, se lo retiraba y le decía que lo quería más negro, más negro todavía. Hasta que un día el mesero se cansó, y cuando el viejo aquel le pidió que más negro, le dijo:

- Si lo que usted quiere es un negro de verdad, váyase a Choróní, a Ocumare de la Costa o a Barlovento. Allí si se va a encontrar unos piasos e negro pelo quieto y con una bamba enorme, que es lo usté necesita.

### **XLI**

Yo siempre he sido machera, a mí nunca me ha gustado vivir con mujeres, ¡aunque hay cada hombre! Uno de esos era el viejo Teófilo, que vivía con nosotros cuando alquilamos la casa de La Trinidad.



Esa era una casa de cuatro cuartos, grande, tan grande que cuando yo me vino a vivir para aquí, para Alí Primera, tuve que regalar muchos corotos. Al final de esa casa vivía el viejo, que como a todos los viejos, le gustaban las carajitas. Él tenía una a la que le daba muchos golpes.

Un día por la noche me dijo que no saliera al patio porque podía ver cosas, pero yo salí y vi.

Resulta que Teófilo era brujo. Estaba en el medio del patio todo vestido de rojo, con una capa roja y muchas luces.

Al otro día le dije:

- Mire, viejo muérgano, usted es brujo.

- ¡Qué voy a ser brujo!

- Yo lo vi anoche con esa capa roja y los velones.

- Mire que yo le dije que no mirara. Menos mal que no vio nada más, porque hubiera podido ver más.

Él andaba en esas cosas. Tenía un portal con María Lionza, que habla bonito como la India Rosa, el Negro Felipe –que es un africano viejo, un esclavo-, el Negro Miguel – que echa baba por la boca-, el Cacique Guacaipuro y Francisca Duarte, que es muy grosera. Pancha Duarte es de Santa María de Ipire, de donde es Reynaldo Armas, el cantante. Dicho sea de paso, yo siempre he sido muy reynaldera.

Con esa Pancha yo tuve lo mío, porque un día se me presentó, claro está que a través de una que estaba en una casa de esas, un centro, y me dijo que yo era machera como ella, que me gustaba menearme con los machos. Por eso digo que es grosera.

Volviendo al viejo Teófilo, él dejó todo su dinero en brujería. Tenía brujería para que la carajita no se fuera, para que su licorería progresara, pero total no le sirvió de nada. La carajita se fue y la licorería se la embargaron.

Cuando la fueron a embargar, el abogado que tenía que hacerlo, le avisó y él sacó todo el güisqui importado. Después Chicho, mi marido, se lo robaba del cuarto, porque con el apuro con que lo sacó, él no sabía ni lo que tenía.

En esa época a Chicho le gustaba mucho rascarse.

## **XLII.**

Yo tenía un ganso que se llamaba Serapio. Era bueno para cuidar casas.

Un día vino una tormenta de frío que afectó a toda Venezuela y por naíta Serapio se muere.

- Mire Doña, Serapio está congelao - dijo Chicho.

Entonces yo corrí y lo puse entre las hornillas de la cocina y le froté las plumas con toallas y lo salvé. Pero otro día ocurrió lo mismo.

Ese ganso era medio marico. No era sólo el frío, hasta el agua le hacía daño. Uno tenía que vaciar la tanquilla porque no más Serapio se bañaba venía dando tumbos. El agua le hacía daño, y eso que tenía plumas.



Pero él era bueno para cuidar. Esos animales chillan y dan picotazos cuando se acerca un extraño.

Una vez yo puse una bodeguita y los carajitos venían a comprar. Eso fue hasta el día en que Serapio se encargó de uno de ellos, que estaba desnudo, y le dio picotazos en la barriga y se le prendió luego del pipí. No lo soltaba hasta que grité:

- ¡Serapio!

Durante un mes estuve pagando los remedios del carajito, pues el pipí se le puso hinchaó. Eso a pesar de que el Dr. Bustamante dijo que no era nada, que lo que él debió hacer era andar vestido.

De una vez cerré la bodeguita y le regalé a Serapio a un vecino que tenía una parcela.

Un tiempo después ese vino y me dijo:

- Señora María, Serapio tuvo unos gansitos.

Con razón yo pensaba que era marico, por eso andaba tan delicado con el agua y el frío, y es que Serapio era Serapia.

#### **XLIII.**

Yo tenía un perro que se llamaba Cañonazo. Ese piaso e perro vivía en un ranchito detrás de la casa. Estaba muy acostumbrado a que yo por la mañana lo acariciara.

El sábado que yo tuve el accidente hizo lo de siempre, pero como fue por la tarde y no me operaron hasta un lunes, yo no regresé a la casa hasta el miércoles siguiente. Cuando llegué Chicho me dio la noticia:

- Doña, Cañonazo se murió.

-Usted no le dio comida, coñoemadre – dije bien arrecha

- Se murió de tristeza, Doña, de tristeza. Estaba atravesao en la puerta del rancho, pero muerto. Yo lo enterré.

Es que Cañonazo no resistió la cosa. Yo estuve cuatro días sin acariciarlo y se murió de tristeza.

#### **XLIV.**

Cuando Anaís, la muchachita de acá al lado, la que está empuñá, tenía quince años, y estaba en el Liceo, andaba con unos amigos y por estar de frasquiteros se fueron a ver una carajita que decían tenía un espíritu burlón. Y era verdad. Dos hombres no podían con ella, echaba baba por la boca y gritaba cuando le entraba aquella verga.

Al ver a Anaís y a sus amigos se fue para donde estaban y ellos se quedaron fijos, sin moverse. Anaís delante. Cuando la carajita llegó, la miró y le dijo:

- ¡Veeeeeeeeete!



Una mujer que estaba preguntó si ella era materia. Pero Anaís no era nada. La cosa es que ella tenía un crucifijo al cuello, colgando de un cuero.

Anaís y los muchachos salieron corriendo de allí, blancos como un papel. Estaban tan nerviosos que le contaron esa necedad al director del Liceo y él los regañó muchísimo.

Esos espíritus existen. Fíjese usted que hasta la Iglesia hace exorcismos. ¡Por algo será!

#### **XLV.**

Viejo para decir mentiras, Hilario. Fíjese que un día le digo:

- Anoche a Chicho lo querían asaltar unos malandros. Suerte de que anda armado y cuando lo tiraron como un sapo, disparó y los coñoemadres se espantaron.

Entonces comentó:

- ¡Ese Chicho si que es un tipo vergatario! Claro, por eso anoche el zinc del rancho se estremeció y se puso claro por dentro como si tuviera velón. Mi Señora María, yo escuché el disparo. Clarito, clarito. Además de que lo pude ver.

Todos los que estaban aquí no pudieron aguantar la risa. Pues yo había inventado el cuento del disparo y los malandros, y aún así el viejo Hilario lo había visto y oído todo.

#### **XLVI.**

A mi me llevaron de testigo a una boda que no se llegó a efectuar. Era que el muchacho consiguió novia con los pericos volaos.

La carajita lloraba, y es que el padrastro la usaba. Ella se lo contaba a la madre, y la madre pensaba que era un embuste.

Aquí en Venezuela hay muchos problemas con la paternidad.

#### **XLVII.**

¡Qué cultura más arrecha la de Calabozo! Aquí no se acostumbra a darle desayuno a los carajitos. En Maracay si, le damos leche o café con leche y su arepa con mantequilla, pero aquí nada. Igual que las mujeres no planchan todas las semanas, ni nunca, lavan la ropa y se la ponen así mismo. Yo siempre le plancho a Chicho su ropa de salir, su ropa de trabajar, y a mis hijos antes también se lo hice.

Esas mujeres de Calabozo son flojas parejo y los hombres borrachos. ¡Mire que con esta pobreza gastarse los reales en cerveza!



## **XLVIII.**

El mondongo, eso llena que da tristeza.

## **XLIX.**

No me apure que esto no es una fonda, ni una arepera, ni usted tiene reales, aunque coma más que un millonario. Deje los cotorotos en su lugar, no sea entrépito, que hoy va a comer fino: crema de plátanos, cazuela de pollo y panquecas rellenas con manzana. ¡Y suelte los bolos, que el fresco no lo voy a poner yo! ¡Abra visto cubano pichirri!

Dígale a su mujer la receta, pa' cuando lleguen los tiempos en que no esté María Romero, ella se los haga. ¡Escriba ahí!:

### Crema de Plátanos Verdes

#### Ingredientes:

- Consomé de Res o Pollo
- 5 Plátanos
- ½ Pimiento
- ½ Cebolla
- 3 Ajíes dulces
- 5 dientes de Ajo
- Aliños verdes surtidos
- 2 cucharadas de Margarina al gusto

#### Preparación:

- Montar al fuego el consomé con todos los aliños
- Pelar los plátanos y picarlos en rueditas y freírlos. Luego pisarlos en una tabla y los vamos poniendo en el consomé a medida que los vayamos friendo.

### Cazuela de Pollo

#### Ingredientes:

- Pollo grande cortado en presas
- 5 dientes de Ajo
- 3 cucharadas de margarina
- 1 Cebolla grande rallada
- 3 Tomates grandes picados
- ¼ de taza de agua
- 2 Zanahorias cortadas en cuadritos
- ½ taza de Vainita picadas



- 1 taza de Guisantes
- ¼ de taza de Pimiento Rojo picado en cuadrillos
- 1 cucharada de Salsa Inglesa
- Sal a gusto
- 4 Aceitunas
- 1 cucharada de Pimentón Rojo

Preparación:

- Adobar el pollo con la Sal, la Salsa Inglesa, el Ajo, la Cebolla rayada y los tomates.
- Cocínelo por 15 minutos bien tapado.
- Añádale la Vainita, la zanahoria y dejarlo ablandar bien.
- Añada por último el Guisante y los Pimientos Rojos en cuadrillos.
- Puede agregarle una taza de vino, si es de su gusto.

Panquecas rellenas de Manzana

Ingredientes:

- ½ taza de Agua
- 2 cucharadas de Margarina
- 2 Huevos
- ¾ de taza de Harina de Trigo Leudante
- 5 cucharadas de Azúcar
- 1 cucharada de Vainilla
- 1 lata de Crema de Leche

Relleno:

- 2 Manzanas
- 1 taza de Agua
- ½ taza de Azúcar
- 1 astilla de Canela

Preparación:

Vierta en la licuadora la Crema de Leche, el Agua, la Margarina y los huevos. Licue y vaya añadiendo la harina al resto de los ingredientes hasta que se unan perfectamente. Fría las pancakes en una sartén de teflón con muy poco aceite vegetal o margarina. Vaya poniéndolas en un recipiente con tapa para protegerlas.

Relleno:

Corte las manzanas en tajadas sin pelar. Ponlas al fuego con el Agua, el Azúcar y la canela dejándolas hervir por 10 minutos. Retírelas y déjelas enfriar, luego rellene las pancakes y báñelas con el almíbar que quedó al cocinar las manzanas.



Mientras yo cocino, límpiese la baba, que se le está saliendo, y ponga oído que voy a contarle tres chistes. ¡Ríase, que si no lo hace toa esta mierda va pa' el tobo de los cochinos! ¡Y usted sabe que María Romero hace eso y mucho más!

Son tres chistes de loros:

1.

Había una vez un loro perejimenista, pero resulta que el General Marcos Pérez Jiménez se había ido ya.

El dueño del loro era un portugués, y cuando pasaba la policía, el loro gritaba:

- ¡Viva Pérez Jiménez!

Y el portugués pagaba las consecuencias. ¡Plan de machete con ese culo! Hasta que un día el portugués, cansado de tanto palo, cogió al loro por el cuello y lo lanzó a un patio.

En ese patio reinaba un gallo, que al ver al loro, tan tierno, le dio ganas de puyar, y se lanzó sobre el loro. Este al ver las intensiones del gallo gritó:

- Un momento, un momento, que yo no estoy este patio por marico, sino por político.

2.

Un loro vivía en un palo muy alto y debajo de es palo estaban los corotos de la comida de los cochinos de una hacienda. Pero resulta que el loro era un coñoemadre y cuando los peones venían a darle de comer a los cochinos gritaba:

- Ya comieron, ya comieron, ya los cochinos comieron, ya comieron...

Y esos peones que se iban. Y los cochinos pasaban hambre.

Esto fue hasta que un día que vino un viento y el loro se cayó de ese palo. Los cochinos al verlo caer, querían comérselo, y el gritaba:

- ¡Coñoemadres, denle comía a esos cochinos, denle comía!

3.

Un hombre, al que la mujer volteaba, tenía un loro. Cada vez que el hombre iba a salir le decía a su loro:

- Fíjate loro, no dejes de güaitar y dime quién entra a mi casa. ¡Ojo pelao!

Cuando regresaba y le preguntaba al loro, él no hablaba.

- Este loro si que es mudo.

El cabrón se resignó a que su loro fuera mudo y no le pudiera decir cuando lo volteaban, así que inventó una nueva estrategia para sorprender a su mujer. Regresó a su casa antes de lo acostumbrado, pero vestido de mujer.

Cuando el loro lo vio llegar, gritó a voz en cuello:

- Ahora si que nos jodimos en esta casa: la mujer puta y el hombre marico.



L.

Me voy a callar la boca, porque hay oficio parejo que hacé en este rancho. Y usté es un güevón con hambre, que lo único que hace es anotá las pendejadas que una dice. ¡Mire y qué va hacer con esas vainas! Luego la gente va hablá, y yo soy una señora, que no se le olvide. ¡Mejor será pa'usté no olvidarlo! ¡ Nunca! o ¡ Palo pa'ese culo!

---

**Jesús Lozada**, cubano, es un narrador oral, periodista cultural, investigador sobre temas de la oralidad y la narración oral contemporánea, libretista radial y fundador y director de La Peña del Brocal, en Camagüey. Es también fundador de la Biental Internacional de Oralidad de Santiago de Cuba y asesor-consultante del Foro de Narración Oral del Gran Teatro de La Habana. Ha participado en eventos en Estados Unidos, España, México, Colombia, Venezuela, Argentina. Mantiene desde hace más de nueve años el primer programa de cuentos narrados según las técnicas de la oralidad – “Cuentos del Camino” - en Habana Radio, donde además tiene el programa “Archipiélago de la Palabra” y la columna del mismo nombre en la Web de esa emisora. Es miembro de la Red Internacional de Cuentacuentos.

[lomestre@cubarte.cult.cu](mailto:lomestre@cubarte.cult.cu)